



MOVIMIENTO
APOSTÓLICO
MANQUEHUE



DOCUMENTO
COMPLETO
FORMACIÓN
INTEGRAL
EN PCM

LA FORMACIÓN INTEGRAL EN EL PROYECTO CURRICULAR DE MANQUEHUE

Los obispos reunidos en Aparecida vieron con preocupación una tendencia en el ámbito de la educación a “asumir la actualidad como parámetro de los valores, corriendo así el peligro de responder a aspiraciones transitorias y superficiales, y de perder de vista las exigencias más profundas del mundo contemporáneo”¹.

En nuestra experiencia como educadores, constatamos todos los días como “el crecimiento económico ha cobrado caro su precio en identidad cultural, unidad familiar y sentido religioso”². Este ambiente en que nos toca vivir se caracteriza, entre otras cosas, por la “presión por los resultados medidos en ranking, el individualismo exacerbado, la profundización constante del consumismo, el acento comercial o legal en las relaciones entre las personas, el debilitamiento de la familia, la suspicacia y la obsesión por la seguridad”³.

De esta visión han surgido diversas reformas educativas que se han centrado “prevalentemente en la adquisición de conocimientos y habilidades”, denotando “un claro reduccionismo antropológico, ya que conciben la educación preponderantemente en función de la producción, la competitividad y el mercado”⁴.

En este contexto, es necesario recordar que Dios ha puesto “almas a nuestro cuidado”⁵, es decir, personas a las que debemos formar en todos los ámbitos – en su espíritu, sus afectos, su mente y su cuerpo. Nuestro desafío no puede quedar reducido a una mera respuesta a las demandas de la actual sociedad del conocimiento o a la competencia que plantea la globalización, sino que debemos ser capaces de responder a la naturaleza más profunda del ser humano como hijo de Dios y a la vocación personal a la que cada uno ha sido llamado.

Sabemos que “cada niño o joven de nuestros colegios ha recibido de Dios una vocación que es, al mismo tiempo, su más profunda identidad y su total identificación con Jesucristo”⁶. Esa vocación, que es un misterio que se va develando a lo largo del proceso educativo, es el ‘para qué’ de todas las herramientas que podamos darle. El valor de los conocimientos, actitudes o habilidades no se puede establecer sino en relación con esa vocación. Por eso educar debe ser, ante todo, *enseñar a escuchar inclinando el oído del corazón*⁷ y enseñar a servir a Dios *con los dones que han sido depositados en nosotros*⁸, para poder así llegar a la plenitud del ser, al máximo desarrollo de esa vocación.

¹ Aparecida, 330.

² Valdés, Cristóbal: Formación Cristiana en Colegios Benedictinos, la experiencia de Manquehue. Charla en BENET 2007.

³ Id.

⁴ Cf. Documento de Aparecida, 328.

⁵ RB II, 33, 37.

⁶ Cf. Ga 2, 20.

⁷ Cf. RB P, 1.

⁸ Cf. RB P, 6

Nuestro Proyecto Educativo, siguiendo al Magisterio en el documento de la Escuela católica, entiende la educación "no sólo como un medio de progreso humano sino como un verdadero camino de santidad y conversión, de modo que cada persona vaya creciendo de acuerdo a la nueva criatura que ha renacido por el Bautismo"⁹. En este sentido, vemos el aprendizaje como "parte de la búsqueda de Dios, por medio del cual los alumnos van acercándose a la verdad de las cosas, de sí mismos y, en definitiva, de Dios mismo, fuente de toda verdad, que ilumina al hombre, lo libera de la ignorancia y lo conduce hacia la sabiduría, hacia el encuentro con el padre, origen y fin de todo conocimiento"¹⁰. Debemos, por tanto, desarrollar en ellos una búsqueda fiel y obediente de la verdad, junto con una auténtica sed de sabiduría.

Entendemos, pues, por formación integral sólo aquella que considere esta dimensión vocacional y única que tiene cada niño, sólo la que comprenda la verdadera naturaleza de la persona, revelada por el Creador. Para lograr esto, no podemos llevar a cabo la evangelización de manera decorativa, como mera instrucción religiosa o enseñanza de valores, sino que ésta ha de calar hondo en el corazón de cada persona¹¹. La verdadera educación -que viene del latín *ex ducere*, sacar hacia afuera y *educare*, nutrir- no consiste en formar un tipo determinado de persona, sino en ayudar a que cada uno de nuestros alumnos sea cada día más de lo que Dios quiere. No se trata de forzar el carácter sino que cada uno se abra a la acción de la gracia.

Ello implica que el colegio debe ser capaz de entregar a sus alumnos una experiencia de aprendizaje que integre los contenidos las habilidades y las actitudes en función de los objetivos formativos que se han declarado. Sólo así podremos responder verdaderamente a los desafíos educativos que se nos presentan. Esta integración de los diferentes niveles debe ser explícita y debe hacerse en un ambiente adecuado, en el que se desarrollan actividades específicas planificadas, aplicadas y evaluadas con ese fin.

⁹ Proyecto Educativo MAM, p. 12.

¹⁰ La Vida Académica en un Colegio Benedictino.

¹¹ Evangelí Nuntíandín°20 y Documento de Puebla no 362.